

4

SOMBRAS EN LA NIEBLA

>>Miraba su cuerpo desde arriba como si fuera una extraña. Su aspecto se asemejaba a una muñeca rota, a la que no le hubieran colocado bien las extremidades. Los cristales que la cubrían, y que estaban esparcidos a su alrededor, eran como si el rocío se hubiera congelado de pronto con el frío de la mañana, y se hubiera quedado atrapado entre los pliegues de su ropa y las grietas de su carne. Debía de estar sufriendo más su rostro no lo reflejaba; al contrario, parecía estar dulcemente dormida. Se preguntó por qué le parecía hermoso todo aquello; quizás fuera por la sensación de alivio que le producía tal cuadro.

Con las luces del amanecer, asomó tímidamente las primeras gotas carmesíes, que luego, se transformarían en torrente. No imaginaba que hubiera ocurrido de esa forma. Poseía una idea muy clara sobre ello aunque, en ese momento, no se acordaba ni de quien era ella misma.

Levantó la vista. Decidió concentrarse en su alrededor para no ser testigo de su agonía; mirar a otro lado y ser indiferente al dolor que le producía. Fue cuando reparó en la gente que comenzaba a agolparse entorno suyo, que lejos de auxiliarla, admiraban la escena. Le extrañó que no poseyeran rostro, ni ningún rasgo que les proporcionara alguna identidad. A lo mejor, pensó, no eran relevantes.

Quizás por eso, él le llamó tanto la atención. Llevaba un largo abrigo negro y un sombrero que le llenaba de sombras las facciones de la cara. Sin embargo, pudo adivinar sus ojos, que estaban clavados en ella. Con ellos parecía preguntarle por qué estaba allí tirada sobre la acera, cómo había sido capaz de saltar por esa ventana. Sus preguntas silenciosas eran las mismas que ella se hacía.

Entre sus manos estaban los restos de una concha que extendió como un presente; una concha, muy similar a la que ella tenía colgada al cuello.

Se esforzó en no olvidarle, pues sabía que lo que estaba viviendo era un sueño; tenía que serlo. No era capaz de traer su nombre a la memoria. No obstante, su intuición le decía que, aquel hombre, no era una simple quimera. Era real al igual que el suceso que le había arrebatado su pasado.>>

- Ya lo hemos intentado todo, señorita Martín – le dijo el doctor Daniel Herrera – estás cosas son así. Puede que recupere su memoria de repente, o que no la recupere nunca.

Ya lo había oído muchas veces. Era una especie de ritual. La solución a su problema era la resignación. No había daños cerebrales aparentes, sin embargo, su disco duro se había borrado por completo. Se había reiniciado aquel día en el hospital con algunos archivos recuperados, sin relación, ni lógica maldita. Quizás fuera algo extraño que se refiriera a ella misma como un ordenador, pero así se sentía, una máquina averiada.

La palabra que más se repetía era milagro, seguida de la frase “debería sentirse afortunada y

seguir adelante con su vida”.

- Pero ¿y los sueños? ¿No pueden ser recuerdos reprimidos o algo así?

- Como ya le he dicho en anteriores ocasiones, los que sufren amnesia tienden a rellenar los espacios en blanco con productos de su imaginación, que no tienen por qué corresponderse con la realidad.

En su mente sólo escuchaba “bla, bla, bla”. El psiquiatra se centraba en paliar su obsesión por el pasado, su paranoia latente y que tuviera una salud mental excelente, es decir, recetarle la pastillita roja, la azul y la blanca. Ella deseaba respuestas claras, directas y, si era posible en un corto periodo de tiempo. Era evidente que sus intenciones divergían. Herrera no creía que fuera el tema más acuciante, después de haberle hecho todas las pruebas médicas inimaginables durante meses.

Eso era debido a que después de muchas idas y venidas, había decidido pensar que se había intentado suicidar a causa de una profunda depresión. Y si las lesiones cerebrales que le pudieran ocasionar una pérdida de memoria habían desaparecido, según mostraban los escáneres, tendría que deberse a una causa psicológica. Ella era del mismo parecer, pero a veces pensaba que era una razón simplista. De todas formas, no se acordaba, entonces ¿cómo tratar una depresión de la que no sabía cuales eran sus orígenes?

“Otra sesión que no ha servido para nada salvo aumentar la frustración”, meditaba mientras iba a un bar pequeño en una de las calles paralelas a una vía principal; era su lugar de trabajo.

Nada más entrar por la puerta y ponerse el delantal, era Elena la simpática y servicial camarera del dichoso bar que le daba de comer. Hablaba con la clientela: trabajadores de los alrededores, los que vivían en las inmediaciones y los parados que iban a tomarse algo después o antes de ir a hacer cola en la oficina preparada a tal efecto, que estaba cerca de allí. Sonreía si era necesario y seguía las bromas de los habituales. Era cordial con Ana y Juan los otros camareros, aguantaba las imbecilidades del dueño cuando se dignaba a aparecer (cuando le hacía falta efectivo de la caja) y sus burdos intentos de seducción. Todo iba bien. Perfecto, maravilloso.

- ¡Un cortado largo de café, un trozo de tarta de chocolate y una coca cola Light para la mesa ocho...! - colocó el pedido en la barra.

El local estaba de bote en bote, por culpa de no sabía qué partido de fútbol. Por eso cuando vio la cara de sufrimiento de Ana, decidió aliviarle un poco preparando el pedido ella misma.

-Llama a Juan... será lo mejor – le dijo.

Lo sirvió minutos después y fue a atender otra de las mesas. Esta vez lo haría diferente. Anotaría varios pedidos y los prepararía a la vez para economizar el tiempo: cinco cañas de cerveza, dos pinchos de tortilla, otro de calamares, de aceitunas... sonrisa amable... a por otra.

- ¿Qué desea tomar? – preguntó mirando al cliente con el bolígrafo en mano y el blog listo.

- Un café con leche muy cargado, gracias – el hombre la miró sin recato. Parecía que

esperaba una reacción, un gesto o una palabra. Actitud que interpretó como que estaba pensando si pedir algo más.

- ¿Alguna otra cosa? – al ver su insistente mirada sonrió de forma mecánica – tenemos bollería fresca, sándwiches y bocadillos si le apetece...

- No, gracias por ahora con eso estoy servido – asintió y siguió con su trabajo.

Al regresar con la comanda a la barra, aprovechó para hablar con Ana mientras disponían las consumiciones.

- El de la mesa diez me pone los pelos de punta.

- No ha parado de mirarte desde que entró, te sigue con llos ojos. Mal disimulado, por supuesto – susurró divertida - A lo mejor te quiere pedir el número de teléfono; al menos es guapo.

- Si cogiera el número de todos los que se portan de esa forma tendría unas citas muy interesantes – dijo en broma – una en el geriátrico, otra en el local de ambiente más cercano, ¡ah! sin olvidar la de la salida después del instituto...

La compañera rió entre dientes como respuesta.

- Al menos la mujer era hermosa y el adolescente una ricura... estás siempre buscando excusas.

Cogió la bandeja con los pedidos, mientras la amenazaba de muerte en silencio. Echó un rápido vistazo a la mesa diez. Ana tenía razón, la observaba sin ningún tipo de disimulo. Muy serio, eso era una novedad. Así que cuando le tocó el turno estaba a la defensiva.

- Elena es tu nombre... - dijo cuando le puso el café. No fue una pregunta, era una afirmación rotunda. La cogió desprevenida y su sorpresa se hizo patente en su rostro.

- Sí, ¿nos conocemos? – él negó con la cabeza.

- Lo dijo tu compañera.

- Ah...- “Café servido. Paso de los tipos raros” pensó.

Sin embargo, cuando iba a seguir de largo se le heló la sangre en las venas. Por un momento, cuando el cliente fue a tomar la cartera de la chaqueta, por la abertura de su camisa de botones se escurrió el colgante que llevaba al cuello, dejándolo a la vista: Una concha de color marfil.

-¿Qué es eso? – dijo señalando el colgante.

- Una concha – su tono casual la puso en alerta. Dejó un billete encima de la mesa y se levantó para marcharse. Ella sacó la suya de entre la ropa y la mostró – buen gusto... - sonrió pero sus ojos eran duros, opacos.

- ¿Quién eres? – Levantó un poco la voz sin querer – Tú me conoces...

- En absoluto. Si me disculpa... - intentó esquivarla, ya que su cuerpo se interponía entre él y la salida del local-

Pero antes de que pudiera cumplir su deseo Elena lo agarró fuertemente por la blusa. La bandeja se estrelló contra el suelo.

- ¿Quién eres? Me conoces, no lo niegues.

- ¿Qué ocurre Elena? - dijo Ana preocupada que finalmente se acercó con temor. El silencio se hizo dentro del local, todos estaban atentos a lo que ocurría – No quiero problemas o si no tendré que llamar a la policía.

- No ocurre nada señorita – remarcó con una voz suave y tranquilizadora, sin apartar la mirada de su agresora - ya me marchaba

- Suéltalo, Elena, ya se va. No merece la pena.

Cuando lo liberó, él con mucha parsimonia se arregló la blusa, bajo la atónita vigilancia de las camareras y se fue del local como si no hubiera pasado nada. Estuvo paralizada durante unos segundos antes de correr en pos del hombre, pero cuando llegó a la calle se había esfumado como el humo.

Se quedó allí unos minutos hiperventilando en la entrada. Colocó las manos sobre los riñones, mientras daba vueltas para calmar el ánimo. Y cuando su pulso y su respiración se hicieron más pausados, empezó a ver las cosas con más claridad: su reacción fue desproporcionada, por no decir algo peor. Palabras como loca, histérica o psicopata (de forma individual o combinada) la definían perfectamente.

Si se lo contara al doctor la mandaría a una quinta de reposo ipso facto. “¿Y qué importancia tenía que tuviera un colgante como el suyo? Seguramente lo habría comprado en un mercadillo cualquiera, por poco dinero”. La paranoia incipiente le estaba haciendo pasar muy malos ratos.

“*Fin de la jornada laboral*”, pensó mientras tiraba las bolsas de basura al contenedor. Sus compañeros ya se habían marchado, así que caminó sola hasta la parada del transporte público. Entretenida, escuchaba música a un volumen considerable. De esa forma se abstraía del mundo y creaba otra realidad mucho más amable de lo que era en verdad. Una persona se colocó a su lado para esperar también. Le prestó solo un segundo de atención, parecía inofensivo.

Ana tenía toda la razón, tenía que relajarse un poco. Estaba más tensa que la cuerda de un piano.

Subió al autobús y se sentó sola. A pesar de la música, no podía dejar de darle vueltas al incidente de esa tarde. Su cabeza era un campo de minas cruzado por un batallón de soldados suicidas. Se concentró en una de las ideas y aparcó el resto para analizarlo más tarde.

Cierto era que ella había sobrepasado los límites de lo que era una reacción normal, mas en su defensa debía de reconocer que la respuesta del tipo tampoco fue la esperada: calmado, frío y lo que era más sospechoso, no se había ni sorprendido, ni asustado. Si era verdad lo que dijo, ¿por qué actuó de forma tan extraña? Otro en su lugar hubiera aprovechado la confusión para pedirle el número o concertar una cita, antes de que la situación se torciera y apareciera su gemela maligna y desquiciada. No siempre se tenía la suerte de que fuera la mujer la que dejara una vía libre para el flirteo. ¿No la había estado acechando todo el rato? Mejor sería dejarlo estar. Miró por la ventana, para centrarse en la música que sonaba dentro de su cabeza. “*Todo es perfecto, maravilloso, estupendo*”

Sin embargo, ese no era su día. Sus músculos se pusieron rígidos al ver por el reflejo del cristal que un personaje, muy parecido al del bar, la espiaba desde la otra fila de asientos. Se giró de inmediato para verle la cara.

No era el mismo: Sí, tenía el pelo del mismo color, castaño claro; tez blanca, ojos azules, pero no era él. Se relajó un poco. Paranoia, pura y simple.

El chico hizo un amago de sonrisa, al ser descubierto. Volvió a mirar por la ventana avergonzado y no se atrevió a prestarle atención en todo el trayecto.

Al llegar a casa se tiró en el sofá con un sándwich y un vaso de leche, mientras el televisor le hacía compañía. Al terminar de comer se tapó con una manta e intentó ver la película de turno. Se quedó dormida casi de inmediato.

Tampoco fue su noche.